

Sali Berisha



© Unión Europea (2010)

Actualización: 23 agosto 2017

Albania

Presidente de la República (1992-1997) y primer ministro (2005-2013)

Sali Ram Berisha

Mandato: 11 septiembre 2005 - 15 septiembre 2013

Nacimiento: Viçidol, condado de Kukës, 15 octubre 1944

Partido político: Partido Democrático de Albania (PDS)

Profesión: Médico cardiólogo

Editado por: [Roberto Ortiz de Zárate](#)

Biografía

Nacido en el seno de una familia campesina de fe musulmana asentada en el distrito norteño de Tropojë (hoy parte del condado de Kukës), una tierra de montañas pegada a la frontera con Yugoslavia, cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Tirana, por la que se licenció en 1967. Una vez obtenida la especialización en cardiología, la Universidad le otorgó una plaza de profesor asociado de Medicina y también fue admitido en la unidad de Cirugía del Hospital Central de Tirana.

En 1971, para poder aspirar a más en su carrera profesional, Berisha se hizo miembro del Partido del Trabajo Albanés (PPS), la fuerza comunista que ostentaba el monopolio del poder desde el final de la Segunda Guerra Mundial y cuyo primer secretario, Enver Hoxha, era el amo absoluto de un país atrincherado -en el sentido más literal de la expresión- en un estalinismo recalcitrante y paranoico. Obsesionado con la pureza ideológica, el dictador marxista ya había roto con la URSS (1961) y en 1978 iba hacerlo también con

la República Popular de China, espantadas que no hicieron sino agudizar el aislamiento y la indigencia de este verdadero fósil de la Guerra Fría.

Berisha consiguió hacerse un hueco en el círculo de facultativos al servicio de los jefes del partido. Como miembro de este personal médico selecto, el joven tenía acceso a ciertos privilegios sociales y económicos que estaban vetados para la gran mayoría de los albaneses. En 1978, luego de adquirir la condición de profesor titular en la Universidad, obtuvo una beca de la UNESCO que le permitió asistir a un curso de especialización médica en París. De vuelta a Albania, desarrolló un programa de investigación sobre hemodinámica que atrajo el interés de sus colegas europeos, tal que en 1986 recibió membresía en el Comité Europeo para la Investigación Médica, un centro de Copenhague adscrito a la Oficina Regional para Europa de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Berisha se convirtió en un colaborador habitual de revistas médicas del continente y en 1989 la Universidad de Tirana le hizo catedrático de Cardiología.

Hombre de porte elegante y hechuras de galán de cine, familiarizado con los usos y las costumbres de la Europa occidental, algo poco frecuente en un país ultraconservador en muchos aspectos y regido con puño de hierro por una casta comunista atrapada en una especie de solipsismo ideológico, Berisha gozaba a finales de la década de los ochenta de un estatus de profesional liberal que conocía mundo y que, por ejemplo, hablaba con fluidez o se defendía con los idiomas inglés, francés, italiano y ruso. Su esposa, Liri Rama, era una colega de la profesión médica, de la rama de pediatría.

En los meses postreros de 1989, coincidiendo con las revoluciones democráticas en la Europa del bloque soviético y bajo la impresión causada por el derrocamiento de Nicolae Ceausescu en Rumanía, Berisha se unió a otros intelectuales, estudiantes y trabajadores en el planteamiento de la demanda de reformas políticas a Ramiz Alia, el introvertido sucesor de Hoxha en la Secretaría del PPS, que también ostentaba la Presidencia de la República Popular Socialista. El cardiólogo, sin embargo, en su primera demostración de impetuosa política, fue más allá y exigió al régimen la abolición del monopolio del partido y la adopción de la economía de mercado.

A comienzos de 1990, año en que Alia, todo melindre y cautela, empezó a mover ficha con la aprobación de una serie de tímidas reformas económicas, judiciales y para ampliar el exiguo marco de las libertades civiles (con todo, la novedad más convincente fue el levantamiento de la cuarentena diplomática), Berisha era ya una de las más destacadas figuras de la oposición ilegal aunque tolerada, que comenzó a perder el miedo y a reclamar mudanzas de más calado en la misma calle.

En julio de aquel año, Berisha difundió un escrito reivindicativo en el que afirmaba lo siguiente: "Nuestra juventud, hambrienta de conocimiento, seguramente necesita pantalones vaqueros y camisetas estampadas. Pero, todavía más, los jóvenes necesitan información sobre literatura, arte, ciencia, deportes, música popular y clásica, y *rock herético*". En agosto, en el curso de una reunión de intelectuales convocada por Alia, volvió a urdir al PPS a que aceptara el pluralismo y el Estado de derecho con arreglo a los estándares del Consejo de Europa y la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), y demandó la redacción de una Constitución democrática y la retirada de todos los monumentos a Stalin. En septiembre, en un artículo publicado por el periódico *Bashkimi*, fustigó las "reformas cosméticas" emprendidas por el régimen.

Luego de abandonar un partido al que creían incapaz de emprender la verdadera reforma del sistema y de reformarse a sí mismo, Berisha, el economista Gramoz Pashko, el arqueólogo Neritan Cecka y otros compañeros de aventura organizaron el Partido Democrático de Albania (PDS), que rápidamente se configuró como la principal fuerza de la oposición y que el 12 de diciembre de 1990, un día después de anunciar el Comité Central del PPS su disposición a introducir el multipartidismo, fue formalmente lanzado en un acto de masas en el campus de la Universidad de Tirana.

Aquel fue el día del verdadero bautismo político de Berisha, que desplegó sus dotes de tribuno popular ante

50.000 enardecidos paisanos. Aunque su programa era inequívocamente rupturista y prodemocrático, Berisha y la mayoría de los dirigentes del flamante partido otorgaron un margen de confianza a Alia, cuya senda reformista era resistida por los sectores comunistas más ortodoxos, fieles a la línea del difunto Hoxha. Entonces, algunos especularon con que Berisha podría ser un personaje teleguiado por Alia con la misión de desbravar al movimiento estudiantil, motor y vanguardia de las reclamaciones populares. Berisha formó parte de la Comisión Fundacional del PDS y en febrero de 1991 sus camaradas le eligieron presidente orgánico en el I Congreso, aunque en la práctica pasó a funcionar un coliderazgo con Pashko.

Hay que señalar que el PDS establecía un vínculo histórico con el partido homónimo, de orientación radical y liberal, que en las décadas de 1920 y 1930, bajo el liderazgo del obispo ortodoxo Theofan Noli, quien fuera efímero primer ministro de Albania en 1924, se opuso tenazmente a los gobiernos autoritarios, primero republicanos y luego monárquicos, de Ahmet Zogu, coronado rey con el nombre de Zog I en 1928.

La transición de Albania a la democracia no fue ni ordenada ni pacífica. Hasta la celebración de unas elecciones legislativas pluralistas que Berisha y los suyos barajaron boicotear porque consideraban que el PPS, todavía no reconvertido en la doctrina, jugaba con la ventaja de detentar todos los resortes institucionales y mediáticos, el país se sumió en un estado de anarquía, en la primera de una serie de olas que iban a zarandearlo, hasta conducirlo a situaciones de naufragio, en los años siguientes.

La desesperación de una población hambrienta y sin perspectivas de futuro en su propia tierra, y la catastrófica situación económica activaron un éxodo por mar hacia a los puertos italianos del Adriático. Los motines con espoleta socioeconómica se confundieron con los disturbios de signo político y las movilizaciones propias de una campaña electoral que se disputó con tonos auténticamente belicosos. La violencia dejó los primeros muertos. El 22 de febrero el Gobierno de Adil Çarçani arrojó la toalla y Alia nombró nuevo primer ministro a un dignatario de la corriente aperturista del PPS, **Fatos Nano**, llamado a protagonizar con Berisha uno de los más acerbos antagonismos, en lo ideológico y en lo personal, de la política europea contemporánea.

Berisha no dejó de llamar a la calma a sus conmillitones, en la convicción de que las provocaciones de que eran objeto por funcionarios comunistas y miembros de las fuerzas del orden se inscribían en el peligroso forcejeo interno del PPS, donde un importante grupo de irreductibles, llamados "enveristas" por el cardiólogo, exigía la intangibilidad del legado y la memoria de Hoxha. Eso sí, Berisha advirtió que los demócratas forzarían la caída de Alia de la Presidencia de la República si obtenían la mayoría suficiente en la próxima Asamblea Popular de 250 miembros. También descartó la posibilidad de un gobierno poselectoral de concentración.

En las históricas votaciones celebradas a tres rondas el 31 de marzo, el 7 y el 14 de abril de 1991, el PPS alcanzó una mayoría absoluta de 169 diputados. El escrutinio concedió al PDS 75 escaños, entre ellos el candidateado por Berisha, correspondientes al 39% de los votos, unos resultados que tenían su mérito considerando la abismal diferencia de medios y el escaso tiempo transcurrido desde la fundación del partido. Pero Berisha había concebido una estrategia de victoria, así que no encajó nada bien este desenlace electoral. Su actuación inmediatamente posterior fue ambigua, pues por una parte alimentó el fantasma del fraude y llamó al paro obrero para protestar contra "la violencia patrocinada por el Estado", y por la otra instó a sus huestes a no tomarse la justicia por su mano durante las jornadas represivas que ensangrentaron el bastión demócrata de Shkodër, la ciudad más importante del norte, donde la Policía abatió a tres manifestantes.

La actitud de Berisha se radicalizó al comprobar que los comunistas se negaban a hacer autocrítica y se aferraban al poder, situación, la segunda, que resultaba obvia a la luz de los resultados electorales. El Gobierno monocolor de Nano recibió un nuevo mandato y Alia, el 30 de abril, fue elegido por la Asamblea primer presidente de la República de Albania, aligerada de cualquier aditamento popular o socialista. El jefe

del PDS acogió con desdén la baja de Alia el 4 de mayo como primer secretario y miembro de los órganos ejecutivos del PPS, gesto que debía certificar la separación entre partido y Estado.

Berisha saludó la constitución por Nano el 12 de mayo de su segundo Gobierno brindando un respaldo entusiasta a la convocatoria por los sindicatos independientes de una huelga general que no finalizaría hasta conseguir la caída del primer ministro. La mitad de los 700.000 trabajadores del país, que en el ramo industrial ya estaban de brazos caídos, casi en su totalidad, por no llegar a las fábricas ni energía, ni materias primas, ni pedidos, secundó el llamado.

Las reivindicaciones propiamente laborales, como la dignificación de los salarios y las pensiones, no fueron satisfechas, además de que los paros agravaron la penuria de productos de primera necesidad, con la consiguiente multiplicación de los precios, pero Berisha, que el 23 de mayo fue recibido en Washington junto con el literato Ismail Kadare por un grupo de congresistas de Estados Unidos a los que solicitó la implicación del Gobierno de su país en el socorro económico de Albania –y, confidencialmente, donaciones para su partido, que fueron materializadas-, vio realizarse su objetivo político: el 4 de junio, puesto contra las cuerdas, Nano presentó la dimisión y abrió la puerta a la formación de un ejecutivo de unidad nacional presidido por el comunista Ylli Bufi y en que el PDS se avino a entrar no sin relucencia, ya que al compartir el poder se hacía corresponsable de arreglar la gravísima crisis económica y social que estaba asolando el país.

Así, el 12 de junio, coincidiendo con el congreso del PPS que aprobó su conversión en el Partido Socialista de Albania (PSS), con Nano de presidente y una nueva profesión de fe socialdemócrata que para la oposición carecía de credibilidad, seis compañeros de Berisha debutaron en el primer gobierno no monopolizado por los comunistas en el último medio siglo. El PDS obtuvo tres carteras de peso, Finanzas, para Genci Rudi, Defensa, para su candidato Perikli Teta, un oficial de la Fuerza Aérea que hacía el séptimo ministro leal al partido, y Economía, para Pashko, quien además recibió el rango de viceprimer ministro. Además del PSS y el PDS, en la coalición se integraron los partidos Social Demócrata (PSDS), Republicano (PRS) y Agrario (PAS).

La experiencia de gobierno compartido con los socialistas fue, como muchos habían temido, tormentosa. La situación del país se deterioraba de día en día y el partido de Nano daba muestras de abstracción e inmovilismo. A finales de noviembre de 1991, Berisha repuso sobre la mesa una demanda que había tenido que aparcar tras la crisis de junio, la de la disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones anticipadas para febrero de 1992. A esta exigencia añadió otras que el PSS, dependiente todavía de las camarillas del antiguo régimen, no estaba en condiciones de satisfacer: la destitución de antiguos capitostes comunistas de puestos clave de la Administración, las empresas y los medios de comunicación del Estado, la investigación de las acusaciones de corrupción que pesaban sobre numerosos jefes de los años de Hoxha, y, eventualmente, el arresto de esos mismos notables.

Insatisfechas todas las demandas, el 3 de diciembre Berisha declaró roto el Gobierno de coalición y sacó a sus siete ministros del mismo. Tres días después, Bufi resignó no sin antes provocar el pánico de la población con la advertencia de que las reservas de cereales para el abastecimiento de las plantas de procesado de harina estarían agotadas antes de una semana. Ninguna fuerza política se atrevía a gobernar en estas circunstancias, así que Alia nombró primer ministro al titular de Alimentación del ejecutivo saliente, Vilson Ahmeti, un independiente que nombró un gabinete de técnicos con la única misión de intentar mantener el país a flote hasta el adelanto electoral al mes de marzo. La asunción de Ahmeti el 11 de diciembre tuvo como telón de fondo una vorágine de saqueos de factorías, almacenes y convoyes de víveres, y de agresivas marchas de la militancia del PDS, instada por Berisha a no dar respiro a Alia, cuya dimisión reclamó.

Eufórico con su segundo gol a los socialistas en seis meses, Berisha se aprestó a ganar la partida a sus

enemigos en unas segundas elecciones a las que Albania llegó a trancas y barrancas, superando un invierno terrorífico para la población, que soportó continuos cortes de calefacción y electricidad, y que se ahorró lo peor gracias a los envíos humanitarios de la comunidad internacional, sobre todo del Gobierno italiano, muy interesado en ahorrarse los enormes problemas logísticos y políticos que acarrearían los desembarcos masivos de inmigrantes.

En la campaña electoral, Berisha no tuvo que desgañarse mucho para convencer a los albaneses de que la salida del actual marasmo de calamidades sólo era posible si los demócratas conquistaban el poder, ya que la credibilidad de los ex comunistas había tocado fondo y entre la población caló la idea del cambio político. Nano y los suyos no pudieron explotar los miedos que pudiera haber a la irrupción de la economía de libre mercado, con sus inevitables reconversión industrial, privatizaciones y fin de los precios subsidiados.

Así las cosas, en las elecciones del 22 y el 29 de marzo de 1992 el PDS consiguió lo que las circunstancias restrictivas y su propia bisoñez le habían impedido un año atrás. Con una participación excepcionalmente alta, el 90%, la formación opositora barrió con el 62,3% de los sufragios y 92 de los 140 escaños de que constaba la nueva Asamblea. El PSS sólo capturó el 25,6% y 38, respectivamente, aunque su fortaleza en las regiones meridionales y en el campo iba a ponerse de relieve en las elecciones municipales que se disputaron poco después, el 26 de julio y el 2 de agosto, en las que casi empató con el PDS. El vuelco en las legislativas empujó a Alia a dimitir como jefe del Estado el 3 de abril, a tres años todavía de la conclusión de su mandato.

El 9 de abril, la Asamblea electa, con 96 votos a favor, 35 en contra y uno nulo, investía a Berisha presidente de la República, el primero no comunista desde 1944. Cuatro días después, Aleksander Meksi, un arqueólogo que había arrojado el hombro en la creación del PDS y cuyo carácter servicial le prefiguraba como un mero ejecutor de las políticas aprobadas por el presidente y la cúpula del partido, se puso a dirigir un Gobierno que incorporaba a sendos ministros del PSDS y el PRS, cuyos ocho escaños combinados engordaban la mayoría absoluta de la fuerza ganadora. Puesto que la Ley Básica Interina prohibía al presidente de la República liderar un partido político –aunque no ser miembro de él-, el 16 de abril Berisha cedió la presidencia del PDS al abogado Eduard Selami, un joven miembro -30 años- de la ejecutiva que era de su confianza.

Al convertirse en el cabeza de un sistema de gobierno abiertamente presidencialista, en detrimento del Consejo de Ministros y el Parlamento, Berisha tomó a su cargo las mayores responsabilidades en la reconstrucción de un edificio económico y social en ruinas que amenazaba con desplomarse por entero. En 1992, el PIB retrocedió un 9% y la inflación se situó en el 250%. El paro real afectaba al 40% de la población activa. La fría estadística decía que a cada uno de los 3,3 millones de habitantes le tocaba 760 dólares del producto nacional. La tasa de mortalidad infantil era del 32%, un valor cuatro veces superior al de la vecina Grecia. Las inversiones foráneas brillaban por su ausencia y la mitad de la economía formal se sustentaba en las ayudas de los países occidentales. Los cortes de luz eran constantes y duraderos. Había carestía y racionamiento de productos elementales. Muchas familias ligaban su supervivencia a las remesas de dinero que les enviaban sus parientes desde Italia y Grecia, donde trabajaban de obreros o peones, la mayoría en situación irregular, sin permiso de residencia y sin seguro social. Alrededor de 200.000 compatriotas eran inmigrantes. En suma, Albania era el país más pobre y el menos desarrollado de Europa.

Berisha y Meksi empezaron por anunciar un clásico programa de *terapia de choque* para recortar el enorme déficit presupuestario, estabilizar las finanzas públicas y poner la economía en manos de la ley de la oferta y la demanda. Los precios y el comercio fueron liberalizados. Los gastos del Estado experimentaron un considerable alivio con la reducción de las plantillas de funcionarios y la supresión de subsidios. La tierra fue descolectivizada y las privatizaciones comenzaron a abrirse paso en todos los sectores salvo, por el momento, el industrial, donde sólo funcionaban las plantas elaboradoras de alimentos y algunas instalaciones de la minería del cromo.

Los efectos positivos de este vendaval de liberalismo, que Berisha alababa como la panacea que sacaría a Albania de su postración, empezaron a hacerse notar en 1993. La privatización de la agricultura hizo rebotar la producción sectorial, con el consiguiente impacto en el PIB, que ese año creció un 11%, si bien el peso combinado de la cooperación al desarrollo de la Unión Europea y Estados Unidos, la asistencia financiera del FMI (31 millones de dólares en créditos desembolsados entre 1992 y 1995) y las transferencias de los inmigrantes siguió siendo, no ya determinante, sino vital.

La aplicación de recetas fondomonetaristas trajo la estabilización del lek, y la inflación, a pesar del final de los controles sobre los precios, fue disminuyendo de año en año, hasta registrar el mínimo anual del 3,8% en 1995, para sufrir después un repunte debido fundamentalmente a la introducción del impuesto sobre el valor añadido. Hasta 1996, el PIB no dejó de crecer a un ritmo promedio superior al 8%, tendencia que no tenía parangón en el continente. El paro retrocedió, aunque como en origen había sido tan masivo, que a finales de 1996 (siempre, según las cifras oficiales) 170.000 personas, es decir, el 13% de la población activa, continuaran desempleadas no parecía un dato como para alardear.

El sorprendente comportamiento de la macroeconomía, que, como siempre en estos casos, no tuvo un reflejo paralelo en el nivel de vida cotidiano y que, peor aún, como dramáticamente iba a quedar de manifiesto en 1997, se sustentaba sobre cimientos en extremo endebles, ayudó a Berisha a esgrimir su discurso de que Albania se había adentrado en una etapa de estabilidad, también en el terreno político.

Pero, precisamente en ese ámbito, sus actuaciones hicieron un flaco favor a la estabilidad y el sosiego internos, que eran imprescindibles para atraer las inversiones y obtener buenas calificaciones de las organizaciones europeas en las que se quería ingresar. Desde el primer momento, Berisha, pasando por alto el hecho de que él mismo había pertenecido al PPS durante dos décadas, aplicó una política de revanchismo y de ajuste de cuentas con los ex comunistas que apostaba por la confrontación y rehuía el diálogo normal en cualquier democracia, cuanto más el menor consenso. El Ministerio Fiscal tomó iniciativas que condujeron al procesamiento, juicio y condena a años de prisión por diversos crímenes de la plana mayor del antiguo régimen, sin faltar Alia, Nexhmije Hoxha, la viuda del dictador, y el ex presidente Haxhi Lleshi.

Si la oportunidad de estos procesos penales contra quienes indudablemente habían cometido abusos y violaciones durante la dictadura era opinable, el incoado a Nano en 1993 por unos cargos de corrupción y abuso de poder que desembocó en una sentencia de doce años de prisión pareció tener más que ver con los deseos de destruir a un contrario político que con una acción de justicia independiente. La dura condena fue denunciada por el reo y el PSS como un ejemplo descarado de intromisión partidista en el poder judicial, y organizaciones como la Unión Interparlamentaria y Amnistía Internacional demandaron que el caso fuera revisado y el prisionero puesto en libertad porque sus derechos elementales habían sido violados repetidas veces desde el momento de su arresto. El Consejo de Europa llegó a condicionar el ingreso de Albania en su seno a la concesión a Nano de una amnistía total, aunque luego flexibilizó su parecer. Para apaciguar a las instancias europeas, Berisha decretó varias amnistías parciales que redujeron drásticamente el tiempo de cárcel que le quedaba por cumplir a Nano, pero se negó a indulto completo del jefe socialista.

Además, en 1995, el presidente y el Gobierno dieron otra vuelta de tuerca en su campaña política de frentismo y cortapisas al conseguir la aprobación parlamentaria de sendas leyes sobre –los nombres no podían ser más explícitos- Genocidio y Crímenes contra la Humanidad Cometidos en Albania durante el Régimen Comunista por Razones Políticas, Ideológicas o Religiosas, que inhabilitaba a miembros del antiguo régimen para desempeñar cargos públicos hasta 2002 y facultaba a la Fiscalía del Estado para promover nuevas acciones penales, y sobre Verificación del Carácter Moral de los Oficiales y Otras Personas Conectadas con la Defensa del Estado Democrático, que se tradujo en la elaboración de listas negras de personas que no podían ser candidatos electorales ni trabajar para el Estado en la Administración y los medios de comunicación. No por casualidad, la gran mayoría de los vetados estaban vinculados al PSS y

otros partidos de la oposición.

Los tics sectarios y autoritarios de Berisha, que no iban sino a acentuarse en el lustro siguiente, fueron censurados por quien había sido su mano derecha desde las movilizaciones democráticas de 1990, Gramoz Pashko, tan pronto como el partido se hizo con el poder. Pashko fue expulsado del PDS en agosto de 1992 y en noviembre del mismo año puso en marcha su propia fuerza política, el Partido de la Alianza Democrática de Albania (PADS), que se alejó de la derecha liberal y se ajustó a posiciones más de centro.

El comportamiento bronco del presidente pudo inducir al electorado a tumbar en el referéndum del 6 de noviembre de 1994, con un contundente 53,9% de *noes*, un borrador de Constitución nacional grato al oficialismo pero que no había conseguido el respaldo de los dos tercios de la Asamblea. Confiado en su carisma, Berisha estaba seguro de obtener la aprobación en las urnas de una Carta Magna que debía reemplazar la Ley Básica Interina de 1991 y convertir a Albania en "una república parlamentaria"; por el contrario, los socialistas denunciaron que esa Constitución reforzaba el modelo presidencialista, magnificando la asimetría competencial entre los dos cabezas del poder ejecutivo, y entre éste y el legislativo.

Berisha, que antes de abrirse los colegios electorales describió este 6 de noviembre como "el día más grande en la historia de Albania", luego tuvo que lamerse las heridas que le produjo el inesperado varapalo. Su reacción fue minusvalorar el fracaso propio y vincular el "voto protesta" a la "ineficiencia" del Gobierno en la ejecución de las reformas. Un chaparrón de críticas llovido desde la opinión pública al equipo de Meksi por tolerar en su seno la incompetencia y la corrupción fue suficiente para que Berisha decidiera realizar a comienzos de diciembre una profunda remodelación ministerial. Doce titulares, entre ellos los de Orden Público, Justicia y Finanzas, fueron cesados, si bien Meksi volvió a merecer la confianza del presidente. El PRS se salió del Ejecutivo. En el PDS también hubo marejada y Berisha urdió la defenestración de Selami, que se había vuelto contestatario al alinearse con la oposición en la defensa de que la Constitución fuera adoptada por la Asamblea, no en referéndum. El 5 de marzo de 1995, un congreso extraordinario despojó a Selami de la presidencia orgánica y se la otorgó a Tritan Shehu, que se mantuvo en funciones hasta abril de 1996.

Tras el fiasco de la consulta constitucional de 1994, Berisha hizo gestos que indicaban una disposición al diálogo con el PSS, pero iniciativas como las dos leyes de sesgo ideológico arriba comentadas, más la beligerancia sistemática del partido de Nano, que no estaba dispuesto a perdonar ningún agravio, frustraron el horizonte de un escenario sin crispación. A las elecciones legislativas del 26 de mayo de 1996 se llegó en un ambiente de polarización que hacía en extremo difícil plantar otro hito en la consolidación de la democracia albanesa.

En enero, Berisha, para dar ejemplo de transparencia y para aguar las insinuaciones de corrupción de que era objeto, declaró poseer un patrimonio tasado en sólo 360.000 leks, lo que al cambio hacía menos de 4.000 dólares; en otras palabras, resultaba que el presidente era *pobre*. A comienzos de abril, urgió a los albaneses a votar por el PDS, ya que era la "locomotora del desarrollo de la democracia, la economía de mercado y la integración del país en Europa". El presidente prometió rebajar los impuestos y completar la privatización de la banca, la minería, el sector petrolero, la hidroelectricidad y las telecomunicaciones en el plazo de un bienio. El 21 de abril, destacados miembros del Consejo Nacional del partido, como el ex presidente Selami y el ex secretario general Tomorr Dosti, fueron expulsados en una reunión de la cúpula demócrata convocada por sorpresa y presidida por Berisha, quien suplantó a Shehu, el teórico jefe del partido.

El escrutinio oficial de la votación del 26 de mayo adjudicó al PDS 95 de los 115 escaños cubiertos en la primera vuelta, con el 67,8% de los votos. El PSS, ya irritado por el veto impuesto a varias decenas de sus candidatos en virtud de la Ley de Verificación del Carácter Moral, puso el grito en el cielo con la denuncia de

que había sido víctima de un fraude masivo y se negó a participar en la segunda vuelta del 2 de junio, la cual elevó la cuenta demócrata a los 101 diputados.

La OSCE confirmó que se habían producido amplias y graves irregularidades -manipulaciones del censo electoral, falsificación de papeletas, voto múltiple e intimidación y violencia en los colegios- y por eso rehusó monitorizar la segunda ronda, cuyo nivel de participación, el 60%, fue inferior en 25 puntos al registrado en la primera. Berisha, acuciado por el escándalo internacional, aceptó repetir los comicios el 16 de junio en 17 circunscripciones, pero como el PSS persistió en su boicot el resultado fue que el PDS se quedó con un total de 122 escaños. Berisha desoyó la demanda del Parlamento Europeo de que se celebraran nuevas elecciones en el plazo más breve posible y tampoco se mostró impresionado por los movimientos emprendidos en el Consejo de Europa para suspender la recién obtenida pertenencia de Albania, amenaza de sanción que no se concretó.

El 11 de julio, el presidente anunció la formación de un nuevo gobierno presidido por Meksi y en el que obtuvieron una presencia testimonial el PRS, el Partido de la Unidad Social Demócrata (PBSD) y el Partido Cristiano Demócrata (PDK). Tritan Shehu fue nombrado viceprimer ministro y ministro de Exteriores. En cuanto al PSS, se negó a reconocer la Asamblea electa y no tomó posesión de los 10 escaños que se le habían atribuido.

En 1992, para Berisha, tan importante como enderezar la economía, implantar el Estado de derecho, poner término a los desórdenes y desterrar los vestigios del anterior régimen totalitario era acelerar la normalización de las relaciones exteriores de Albania, empresa ya emprendida por Alia y Nano, que le legaron el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, Rusia y el Reino Unido, así como los ingresos en el FMI y la CSCE. La vocación de integrarse algún día en las organizaciones euro-atlánticas, la OTAN y la UE, y con carácter inmediato en el Consejo de Europa, y de forjar un vínculo especial con Estados Unidos fue expuesta por el presidente con un entusiasmo que contrastaba con la tibieza, la ambigüedad o la abierta hostilidad de todos sus vecinos balcánicos –Croacia, la nueva Yugoslavia formada por Serbia y Montenegro, Rumanía, Bulgaria y Macedonia- y que era más propio de la latitud centroeuropea.

El presidente demostró su ferviente proatlantismo y proamericanismo solicitando el ingreso en la Alianza Atlántica en una fecha tan temprana como el 16 de diciembre de 1992 (convirtiéndose en el primer gobernante de un antiguo Estado miembro del Pacto de Varsovia en dar ese paso), firmando, también en la sede de Bruselas, el programa Asociación para la Paz el 23 de febrero de 1994 y ofreciendo a finales de 1995 amplias facilidades terrestres, aéreas y navales para las operaciones de retaguardia de la misión militar conducida en Bosnia-Herzegovina por la Fuerza de Implementación (IFOR) de los Acuerdos de Paz de Dayton.

Previamente, en agosto de 1995, Berisha celebró la ofensiva de bombardeos aéreos de la OTAN contra posiciones serbobosnias como "una respuesta directa a la masacre cometida en Sarajevo por los terroristas serbios" y "una respuesta honorable a todos los actos criminales, incluido el genocidio, que han cometido durante la guerra en la antigua Yugoslavia". En septiembre de 1996, un pelotón de 50 soldados albaneses se integró en el contingente alemán estacionado en la ciudad costera croata de Zadar.

La cooperación militar en su más amplio sentido tuvo un importante elemento bilateral –no exento de opacidad- con Estados Unidos, que entrenó y pertrechó al descuajaringado Ejército albanés a cambio de grandes facilidades para el control aéreo, el ataque de buques y las actividades de inteligencia de la CIA en la región. Berisha hizo de Albania un socio privilegiado de Estados Unidos en los ámbitos de la defensa y la seguridad, aunque tan alto grado de colaboración no sirvió para saber la fecha en que el país podría entrar en la OTAN, ni siquiera la confirmación de que ese envite era viable y no un deseo ilusorio, habida cuenta de la enorme distancia que separaba a las Fuerzas Armadas albanesas de los estándares militares de la OTAN.

La luz verde a los dispositivos logísticos de la OTAN en Bosnia y la participación simbólica en las fuerzas multinacionales, la IFOR y la SFOR, bajo su mando, fueron vistas por Berisha también como la mejor garantía de protección de su débil país, a falta de un compromiso de defensa formal, frente a un hipotético desbordamiento a este lado de la frontera del conflicto que atenazaba a la adyacente provincia serbia de Kosovo, donde los albaneses étnicos, el 87% de la población, veían reprimidos *manu militari* sus derechos civiles y como colectividad, y sus aspiraciones soberanistas. El presidente expuso la perentoriedad de invertir en el desarrollo económico y la seguridad de Albania a los presidentes George Bush en junio de 1992 y **Bill Clinton** en septiembre de 1995, en sendas visitas de trabajo a la Casa Blanca.

Aunque en 1992 Berisha ofreció la ciudadanía del Estado albanés a todos los albaneses que vivían en el extranjero, incluidos los kosovares, y en 1994 afirmó que el lanzamiento en la provincia por las fuerzas de seguridad serbias de una operación de *limpieza étnica* a gran escala obligaría a Albania a entrar en guerra, Berisha fue muy prudente en el manejo de una situación volátil que ponía en bandeja la expresión de retórica nacionalista y belicista, pero también dar pie a violencias incontroladas y a una catástrofe humanitaria. Lo sucedido en Croacia y Bosnia-Herzegovina invitaba a imaginar los horrores que podrían suceder en Kosovo si la explosiva situación que allí se vivía deflagraba de verdad. En cuanto a un enfrentamiento directo con el Ejército serbo-yugoslavo, Berisha no podía menos que temerlo, ya que las maltrechas fuerzas albanesas no estaban a su altura ni cuantitativa ni cualitativamente.

Berisha estaba genuinamente preocupado por la suerte que pudieran correr los albanokosovares y por el riesgo de un choque frontal y, a buen seguro, fatal, con el régimen socialista de Belgrado. Para alejar los escenarios de violencia entre albaneses y serbios, no se cansó de apremiar a las potencias occidentales –las mismas que habían contemplado impávidas las matanzas perpetradas en Croacia y Bosnia-Herzegovina– para que se comprometieran en firme en la protección de Kosovo, recomendó al líder independentista **Ibrahim Rugova**, presidente de la Liga Democrática de Kosovo (LDK), que, si era posible, acordara con el presidente serbio **Slobodan Milosevic** un marco de negociación bajo supervisión internacional, y tendió con éxito puentes de encuentro con varios países de la región.

Este anillo de amistades bilaterales incluyó a Bulgaria –viaje a Sofía en abril de 1994, primero de un presidente albanés en cuatro décadas–, Rumanía –firma con su homólogo **Ion Iliescu** en mayo de 1994 en Bucarest de un Tratado de Amistad y Cooperación–, Macedonia –a pesar de la demanda al presidente Kiro Gligorov de que reconociera a la minoría albanesa de su país como "nación constituyente" en igualdad de derechos con la mayoría eslavomacedonia– y, sobre todo, Turquía, con la que jugó adicionalmente la carta de la afinidad religiosa.

Asimismo, el ingreso en diciembre de 1992 en la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), no sólo expuso el deseo de compartir foro con unos países de Asia y África con los que había unos vínculos de fe (lo que no debía entenderse como un menoscabo del cristianismo en Albania, practicado por el 30% de la población, sin olvidar que Berisha, aunque musulmán de nacimiento, siempre ha tenido una proyección estrictamente laica y aconfesional), si no que vino a simbolizar la renuncia al ateísmo oficial del Estado, que había sido una de las banderas del régimen de Hoxha. En cuanto al Consejo de Europa, cuya membresía supone un marchamo de calidad democrática y de vigencia del Estado de derecho, aceptó a Albania en su seno el 13 de julio de 1995, aunque no sin reticencias por las trabas a la libertad de expresión, el alto grado de sectarismo político, la porosidad de las instituciones a la corrupción y la criminalidad, y la pena carcelaria de Nano.

La Albania de Berisha no sólo estuvo enemistada con la República Federal de Yugoslavia (con Serbia, en la práctica, que no con Montenegro). En el flanco sur, las relaciones con la Grecia del primer ministro socialista Andreas Papandreou no fueron menos tensas, y cabe decir que incluso lo fueron más en algunos períodos. El desencuentro estribaba en las atribuidas situaciones de desprotección de, por un lado, la comunidad

grecoalbanesa, muy maltratada durante la dictadura comunista, que según sus representantes políticos y organizaciones hermanadas de Grecia suponía hasta el 12% de la población de Albania pero que para Tirana no era más del 1%, y, por el otro lado, los más de 300.000 trabajadores ilegales albaneses que se ganaban el sustento en el país heleno y que, con sus remesas, contribuían significativamente al desarrollo económico de su patria. La minoría griega autóctona estaba diseminada en las áreas meridionales de Albania que forman la parte norte de la región histórica de Epiro.

En 1994, la hostilidad griega se manifestó en el bloqueo de las ayudas de la UE a Albania, en la repatriación forzosa de decenas de miles de inmigrantes en situación irregular y en un rosario de graves incidentes fronterizos, con tiroteos y ataques a posiciones militares albanesas efectuados por supuestos secesionistas epirotas que para Tirana no eran sino agentes a las órdenes del Gobierno griego. Algunas de estas agresiones produjeron víctimas mortales. El asesinato el 10 de abril de dos soldados guardafronteras por una de estas bandas airó a Berisha, que acusó a Atenas de promover el terrorismo y de sembrar la inestabilidad en los Balcanes (la denuncia se refería también al bloqueo comercial y de comunicaciones impuesto a Macedonia).

Ahora bien, al igual que estaba haciendo en relación con Kosovo, el presidente albanés se corrigió sobre la marcha y apeló a la contención. En marzo de 1995 acordó con el ministro de Exteriores de Grecia –y futuro presidente del país-, **Karolos Papoulias**, la negociación de un tratado bilateral. En enero de 1996 canceló el requerimiento del visado para todos los viajeros griegos, medida de castigo que había adoptado en septiembre de 1994 en represalia por el cierre de la frontera por Grecia después de que la Policía albanesa arrestara a seis griegos étnicos sospechosos de desarrollar labores de espionaje. Finalmente, el 21 de marzo de 1996, Berisha y su homólogo **Kostis Stephanopoulos** firmaron en Tirana un histórico Tratado de Amistad, Cooperación, Buena Vecindad y Seguridad que comprometía a Albania en la salvaguardia de los derechos políticos y civiles de sus ciudadanos grecoparlantes y a Grecia en la mejora de las condiciones de vida de los inmigrantes albaneses y EN el arranque de un proceso de regularización de los mismos.

A modo de síntesis, cabe decir que Berisha, consciente siempre de la extrema debilidad de su país, al abstenerse de jugar la carta de la solidaridad étnica tal como lo estaban haciendo Milosevic y, desde Zagreb, **Franjo Tudjman**, adalides apenas disimulados de quimeras como la *Gran Serbia* y la *Gran Croacia*, hizo una contribución muy importante a la evitación del estallido de un conflicto generalizado en la región focalizado en las comunidades albanesas y susceptible de arrastrar a cuatro estados.

Al despuntar 1996, Berisha gozaba de puertas al exterior de un cierto crédito como estadista por, a pesar de los numerosos fallos democráticos del sistema que encabezaba y de sus propios defectos como gobernante, haber conseguido una relativa estabilidad interior con crecimiento económico y en un contexto regional de guerra. Esa credibilidad ya sufrió un fuerte menoscabo a raíz de las caóticas elecciones legislativas de mayo de aquel año, y cabe decir que saltó hecha pedazos por culpa de la implosión social, económica y política del primer trimestre de 1997, que puso a Albania al borde de su desarticulación como Estado y de la guerra civil, si es que no vivió ambas descomposiciones durante unas semanas.

El desastre se activó en enero con el colapso en cadena de unas sociedades de usura, ejemplo perfecto del modelo financiero conocido como *esquema piramidal*, que venían funcionando en paralelo al sistema bancario con el estímulo del Gobierno, no obstante presentar una solvencia más que dudosa, bajo el pretexto de la expansión del sistema crediticio. Estas cajas de ahorros prometían a sus clientes unos intereses irrealmente elevados y se las habían arreglado para captar los depósitos de cientos de miles de personas ávidas de beneficios fáciles y despreocupadas de los riesgos, máxime porque las autoridades no hacían nada por advertirlos.

Allí se invertían las remesas de la inmigración, pero también ingentes sumas de dinero negro procedentes del contrabando de productos de lujo y de los tráfico de drogas, armas, inmigrantes y mujeres aprehendidas

por las redes de prostitución, actividades todas ellas que, a pesar de las leyes vigentes, habían hecho de Albania una encrucijada mafiosa de los Balcanes y todo el Mediterráneo oriental. Este fabuloso negocio criminal, espoleado por los escenarios de guerra en la región, había encontrado en las *pirámides financieras* un excelente medio para blanquear sus ganancias. Más aún, el propio PDS, de manera harto irregular, se estaba apoyando en el esquema para financiar sus actividades proselitistas.

Las declaraciones de quiebra encolerizaron a los inversores, en su mayoría ciudadanos de baja extracción social, que de la noche a la mañana vieron evaporarse los ahorros de años o de toda una vida. Confrontado con las primeras demostraciones de ira de sus paisanos, que en las áreas más afectadas, en las ciudades del sur, la emprendieron con cuantas propiedades públicas hallaban a su paso, Berisha, con timbre populista, prometió reparar "rápida y limpiamente" todo el dinero que había sido "robado", a sabiendas de que tal cosa no era factible, salvo que el Banco de Albania se pusiera a emitir billetes sin respaldo, que era el camino más rápido para la hiperinflación. Cálculos posteriores cuantificaron el dinero volatilizado en las bancarrotas en torno a los 1.000 millones de dólares, suma equivalente a la tercera parte del PIB albanés al tipo de cambio corriente, lo que daba idea de la magnitud del descalabro.

Ni las promesas de compensaciones del Estado (parciales, en cualquier caso) a los afectados, ni la incautación de los activos de las pirámides financieras, ni el encarcelamiento de dos centenares de personas involucradas en su funcionamiento consiguieron mitigar la furia popular. Nuevos anuncios de quiebras avivaron el fuego de los disturbios, y además, los socialistas, resueltos a pescar en el río revuelto, lanzaron una campaña de movilizaciones antigubernamentales que confirió a la protesta un fuerte cariz político.

El oficialismo reaccionó con muy poca autocrítica y con espíritu porfiado. La plana mayor del principal partido de la oposición, que estableció con otras fuerzas políticas un Foro por la Democracia, fue arrestada por la Policía, el PDS condenó los "actos terroristas organizados por los líderes del PSS y otros partidos de extrema izquierda contra las instituciones democráticas de Albania", y Berisha, desde su baluarte de Shkodër (que tampoco se libró de las algarazas contra el Gobierno) arremetió contra "los comunistas" que estaban fomentando la agitación como medio para retornar al poder.

La multiplicación y la virulencia de las manifestaciones en Tirana, Durrës, Elbasan, Vlora (Valona), Gjirokäster y otras ciudades, y el conteo de los primeros muertos, obligaron el 2 de marzo a declarar el estado de emergencia en todo el territorio nacional, pero la presencia de efectivos militares en las calles no hizo sino enardecer los ánimos. El pandemónium no disuadió a Berisha de ejecutar su plan de reelección presidencial: el 3 de marzo, la Asamblea, en un acto que intentaba transmitir normalidad pero que fue recibido como una provocación por las muchedumbres de opositores, le otorgó un segundo mandato de cinco años con sólo un voto en contra y cuatro abstenciones.

En los distritos meridionales, donde el PDS tenía una menor implantación, la situación se tornó crítica por la profusión de pillajes –siendo uno de los inmuebles saqueados la residencia de verano que Berisha tenía en Vlora-, incendios, destrucciones de bienes públicos, robos de bancos y, peor aún, asaltos a arsenales y cuarteles de la Policía y el Ejército. La insurrección general del tercio sur del país era un hecho. Los "rebeldes", como empezaron a llamarles los medios internacionales, se hicieron con armas automáticas, granadas y hasta con carros de combate y artillería de campaña, y entablaron pequeñas batallas con las pocas unidades uniformadas que no hicieron dejación de sus funciones y que acataron las órdenes del Ejecutivo de repeler las agresiones y restablecer el orden con el máximo rigor.

Las exigencias de los insurrectos, que no presentaron una plataforma común y que fueron presa de las contradicciones inherentes al carácter anárquico y espontáneo de su levantamiento, consistían en el reembolso de las cantidades estafadas por las pirámides financieras y en las dimisiones de Berisha y Meksi, quien ya el 1 de marzo formalizó la suya, aunque por el momento no fue sustituido.

El Gobierno perdió el control de Vlora, donde la Policía puso los pies en polvorosa, dejando la importante ciudad portuaria a merced de las mafias y la delincuencia común, Gjirokâster, Tepelenë, Berat, Këlcyrë, Kuçovë y Sarandë, entre otras poblaciones destacadas. Peor para él, la sustracción impune de material de guerra se extendió a instalaciones militares del norte. Podía hablarse de desintegración de las Fuerzas Armadas albanesas. Berisha ofreció a los rebeldes una amnistía por los actos de sedición, el adelanto de las elecciones al año en curso y la formación de un gobierno de concentración, pero algunos de entre aquellos respondieron que no negociarían el final de la revuelta hasta tener en bandeja la renuncia del primero a la Presidencia.

Aunque la UE notificó a Tirana que el envío de ayuda económica de emergencia estaba supeditado al arreglo del conflicto político y al retorno de un mínimo de seguridad, convino con la OSCE y Estados Unidos en que, o se producía una rápida intervención de la comunidad internacional, o en Albania podía suceder cualquier cosa. Un tanto confortado con las expresiones de respaldo procedentes del exterior, Berisha pudo camuflar parcialmente su propio fracaso político nombrando, el 11 de marzo, un nuevo primer ministro en la persona de Bashkim Fino, un miembro del PSS prácticamente desconocido que tuvo el acierto de articular un Gabinete de "reconciliación nacional" del más amplio espectro –nueve partidos- y, transcurridos unos días, reponer unos niveles aceptables, aunque sumamente precarios, de ley y orden. Para el 17 de marzo, fecha de la llegada a Tirana de una misión de la UE, la violencia empezó a remitir.

Hasta las elecciones anticipadas del 29 de junio, Berisha cedió parte del protagonismo al Gobierno de Fino, que concertó con su homólogo italiano el bloqueo de los puertos albaneses por la Armada de ese país con el objeto de poner término al éxodo de refugiados por mar así como el despliegue de una Fuerza de Protección Multinacional en misión humanitaria. Se trató de la *Operación Alba*, que fue autorizada expresamente por el Consejo de Seguridad de la ONU el 28 de marzo y cuyos 7.000 soldados, italianos, franceses y españoles, empezaron a desembarcar en Durrës y Vlora el 14 de abril con un mandato temporal de tres meses.

El impacto en la economía de los sucesos de enero, febrero y marzo de 1997 fue demoledor: el lek se devaluó en relación con el dólar, la inflación trepó al 42% y la producción se derrumbó un 15% con respecto al año anterior; 1997 terminó con una recesión media del 7%. La pobreza y el paro se dispararon. Más escalofrío produjo el coste en vidas de los disturbios, los ajustes de cuentas y los combates con armamento militar; aunque no se pudo precisar la cifra de muertos, éstos debían contarse por centenares, superando quizá los dos millares.

Los comicios del 29 de junio y el 6 de julio no depararon ninguna sorpresa. Los electores castigaron al PDS, al que culpaban de la calamidad financiera y de la violencia subsiguiente: la formación del poder, que concurrió flanqueada por los micropartidos Movimiento de Legalidad (PLL, monárquico) y Unidad Nacional (PUK) bajo el membrete ocasional de la Unión por la Democracia, vio descender su fuerza al 25,7% de los sufragios y los 28 escaños, casi todos obtenidos en los distritos del norte, donde a Berisha no le faltaban incondicionales.

El PSS conquistó la mayoría absoluta y Nano, que había recobrado la libertad en marzo gracias a que sus celadores, lisa y llanamente, desertaron de sus puestos (la anarquía había vaciado las cárceles, y Alia y otros presos eminentes vieron igualmente levantadas sus custodias) y recibido el perdón oficial de Berisha en abril, ganó el derecho a formar gobierno. Berisha, a quien el 4 de junio un individuo arrojó una granada de mano sin activar durante un mitin de campaña cerca de Durrës, no estaba dispuesto a una cohabitación con los socialistas, más cuando éstos estaban decididos a elaborar y promulgar una Constitución que introdujera de manera tajante el sistema de gobierno parlamentario y despojara al jefe del Estado de la mayoría de sus prerrogativas, así que el 23 julio dimitió con efecto inmediato. Al día siguiente, la Asamblea eligió presidente de la República al secretario general del PSS, **Rexhep Meidani**, quien ahorró a su predecesor la -a sus ojos- ingrata tarea de nombrar a Nano primer ministro.

La dimisión de Shehu como resultado del fracaso en las urnas permitió a Berisha recobrar la presidencia del PDS tan pronto como abandonó la Presidencia de la República, si bien era cierto que en el lustro transcurrido nunca había dejado de llevar las riendas del partido. El 21 de octubre de 1997, Berisha, tras suprimir de un plumazo una auténtica rebelión interna de cuadros con puntos de vista discordantes, que no eran sumisos a su caudillaje o que simplemente no estaban dispuestos a ser los cabezas de turco por el batacazo electoral, derrotó sin problemas en un congreso extraordinario a un rival que le disputaba el puesto, Pjetër Arbënor, ex presidente de la Asamblea y partidario de abrirse al diálogo con otras fuerzas políticas. Shehu, Meksi y otros dirigentes que habían colaborado con Berisha desde la creación del partido fueron purgados del Consejo Nacional.

Quedar exonerado de responsabilidades institucionales y regresar a la oposición fueron dos situaciones que no animaron a Berisha a hacer una reflexión objetiva sobre su controvertida gestión, que había tenido clamorosos desaciertos, y a explorar fórmulas de entendimiento con los socialistas en aras de la gobernabilidad, la estabilidad y la recuperación económica de un país devastado. Nada más lejos de su talante y su intención. Desde el primer momento, Berisha adoptó la postura extrema de intentar derribar como fuera el Gobierno de Nano, al que consideraba poco menos que ilegítimo, ya que se habría cobrado los dividendos electorales de su deslealtad institucional al azuzar en su contra la ira popular del invierno, y forzar el adelanto electoral. Ahora bien, la aparición de un pistolero provocador y criminal que puso su punto de mira en los demócratas echó más leña al fuego y radicalizó a Berisha.

La víctima señera de lo que para Berisha no era más que terrorismo político puro y duro fue el diputado demócrata Azem Hajdari, un antiguo disidente y dirigente estudiantil que en opinión de muchos era un protegido y el *delfín* de Berisha. Ya el 18 de septiembre de 1997 Hajdari fue disparado a bocajarro por un diputado del PSS dentro de la Asamblea, quedando gravemente malherido. Berisha contestó este acto verdaderamente inaudito en un país que se llamaba democrático con el boicot parlamentario y una campaña de manifestaciones porque "los niños, la propiedad y el futuro [de los albaneses] nunca han estado tan amenazados como ahora" a causa de los fuertes impuestos, la pobreza, el contrabando y "la eliminación física de los oponentes políticos". El 3 de junio de 1998 Hajdari fue de nuevo blanco de disparos, esta vez efectuados por desconocidos contra el vehículo que le conducía por la ciudad de Bajram Curri. La tercera vez que atentaron contra él, tres meses después del anterior incidente, le mataron.

También, Berisha echó en cara a Nano sus, a su entender, excesivas cautelas ante la insostenible situación de los albaneses de Kosovo, donde las fuerzas de seguridad serbias aceleraron la represión de los grupos soberanistas, así como la entrevista que sostuvo con Milosevic en Creta en el mes de noviembre. A lo largo de la crisis kosovar, que fue recrudesciéndose en 1998 hasta llegar a la guerra abierta, la afluencia masiva de refugiados a Albania y la ofensiva aérea de la OTAN entre marzo y junio de 1999, con los resultados de la capitulación del régimen de Belgrado, la ocupación de Kosovo por una fuerza militar de paz, la KFOR, y el establecimiento allí de un protectorado internacional de hecho, el líder del PDS se anduvo con menos rodeos que en su etapa presidencial y agitó enérgicamente la bandera nacionalista.

Berisha se distanció de la LDK de Rugova, adalid del pacifismo y la resistencia no violenta, y se aproximó al Ejército de Liberación de Kosovo (UCK), híbrido de movimiento guerrillero y organización terrorista, cuya lucha armada contra los "bárbaros" serbios calificó de "sagrada". Asimismo, Berisha dejó de confiar en el marco autonómico o de un autogobierno limitado, que era el principio que sustentaba los abortados acuerdos de Rambouillet, y pasó a reclamar un futuro independentista para la provincia. Tal fue así que en junio de 2000, el entonces jefe de la administración civil de la ONU en Kosovo, Bernard Kouchner, le prohibió entrar en el territorio por temor a que sus acostumbrados mítines y arengas perturbaran el orden público y levantaran tensiones gratuitas.

En 1998, por segundo año consecutivo, Berisha estuvo en el ojo del huracán de la política doméstica. El Ministerio del Interior y una comisión de investigación parlamentaria le endilgaron el patrocinio durante su

etapa presidencial de una red de tráfico de productos en el mercado negro, así como la orden en marzo de 1997 de aplastar a los revoltosos mediante bombardeos aéreos. Si semejante orden fue cursada, ningún piloto la obedeció. En julio, el fiscal general envió a la Asamblea un suplicatorio para poder procesar a Berisha, que gozaba de la condición de aforado, por los delitos de "terrorismo" y "crímenes contra la humanidad", y por haber ordenado, nada menos, "el uso de armas químicas contra población civil". El oficialismo estaba empeñado en ponerle las cosas difíciles al ex presidente y su partido. En agosto, la Policía arrestó a seis altos funcionarios del anterior Gobierno, entre ellos los antiguos ministros de Defensa, Safet Zhulali, y de Interior, Halit Shamata, a todos los cuales el fiscal general acusaba de haber pretendido gasear y bombardear a los civiles desafectos en los motines de 1997.

La reacción de Berisha fue, como cabía esperar, furibunda. A golpe de micrófono y de altavoz, llamó a sus partidarios a manifestarse sin desmayo hasta conseguir tumbar al Gobierno. La amenaza con recurrir a la violencia quedó implícita en advertencias del estilo de "vamos a usar métodos pacíficos, pero deben saber que estamos listos para luchar contra la dictadura con todos nuestros medios". La animadversión que Berisha profesaba a Nano adquirió tintes vesánicos. El ex presidente llamó al primer ministro "criminal" y "drogadicto", y le dirigió un lenguaje de una crudeza pasmosa incluso para los estándares albaneses. Así, le espetó: "Estamos aquí para decirte que vamos a defender nuestros derechos con nuestras vidas, con nuestra sangre. Tú eres nuestro enemigo, el enemigo de la libertad, el enemigo de los albaneses, Albania, y la nación albanesa". Y: "Te vamos a reducir a polvo, la fuerza no va a conocer límites". Berisha llegó al punto de advertirle a Nano de que podría terminar como el dictador rumano Nicolae Ceausescu en 1989 (esto es, derrocado en una revolución y fusilado sumariamente).

En estas circunstancias, lo último que hacía falta era una provocación de la peor naturaleza. El 12 de septiembre, Azem Hajdari y su guardaespaldas fueron asesinados en la misma entrada del cuartel general del PDS en Tirana por un pistolero que consiguió darse a la fuga. A Berisha le faltó tiempo para imputar el magnicidio al Gobierno y para emplazar a Nano a que dimitiera antes de 24 horas, so pena de afrontar "catastróficas consecuencias".

El 13 de septiembre, expirado el plazo del ultimátum, cientos de militantes del PDS que participaban en el cortejo fúnebre de Hajdari por el centro de la capital abordaron las oficinas del Gobierno y les prendieron fuego. Nano y varios ministros que se encontraban en sus despachos hubieron de ponerse a salvo precipitadamente mientras los asaltantes celebraban su huida con vítores y salvas al aire. Hubo un confuso intercambio de disparos y explosiones producidas por granadas de mano que causaron algunos heridos. Las turbas ocuparon también el edificio de la televisión pública. Al cabo de unas horas de forcejeos con las fuerzas del orden y de ráfagas intimidatorias de ametralladora, todas las instalaciones fueron desalojadas.

Nano denunció que el PDS había intentado cometer ni más ni menos que un golpe de Estado. El 15 de septiembre, mientras el partido opositor devolvía a las autoridades dos vehículos blindados que tenía aparcados en su cuartel general y que había confiscado durante la refriega, el fiscal general abrió sendas investigaciones criminales contra Berisha y varios conmlitones por unos supuestos de rebelión y alta traición. Berisha negó de plano que hubiese intentando hacerse con el poder por la fuerza y tildó las acusaciones en su contra de propias de una "dictadura comunista", para añadir que en Albania, ahora, había "presos políticos y asesinatos políticos".

Inasequible a las censuras y los llamamientos a la compostura que le venían desde la OSCE y la UE, Berisha anunció la ruptura por su partido de todos los contactos con los socialistas y la puesta en marcha de un "Frente Nacional del Rechazo a la Dictadura Neocomunista en Albania". Igualmente, repudió el levantamiento de su inmunidad como diputado, votado el 18 de septiembre por una Asamblea vacía de legisladores del PDS, y desafió las requisitorias que le hacía el fiscal general para ser interrogado, primero como testigo y luego, a partir de diciembre, como imputado, en relación con el caso del supuesto intento de golpe de Estado de septiembre. Pero la Fiscalía, siguiendo sin duda las recomendaciones del Gobierno, no

se atrevió a emprender las diligencias que condujeran al arresto y la prisión cautelar del ex presidente. Además, el 28 de septiembre, Berisha pudo saborear la dimisión de su archienemigo, debido a diferencias insuperables con sus socios de coalición, fundamentalmente los socialdemócratas de Skënder Gjinushi y los aliancistas de Pashko, pero también con miembros de su propio partido, que empezó a ser pasto de luchas intestinas.

Berisha concedió una tregua parcial al sucesor de Nano, **Pandelj Majko**, quien dispuso la cancelación de la incriminación que pesaba sobre aquel a cambio de la apertura de una investigación "independiente" del asesinato de Hajdari. Además, la situación en Kosovo, que podía arrastrar a Albania a una guerra con Serbia, creó una sensación de patria en peligro que tuvo la virtud de limar un poco la inquina entre PDS y el PSS. Claro que ese acercamiento tenía sus limitaciones, y de las mismas ya se encargó de dar fe Berisha, quien, ignorando las exhortaciones de la OSCE y el Consejo de Europa, boicoteó el referéndum del 22 de noviembre de 1998 que aprobó, por fin, la Constitución nacional pendiente desde el final del comunismo. En julio de 1999, por presiones de personalidades reformistas del partido, con el secretario general Genc Pollo a la cabeza, que demandaban un cambio de estrategia y de rumbo, Berisha anunció el final del boicot demócrata a la actividad legislativa, reconoció la necesidad de "más democratización y apertura" en las discusiones internas y barajó la posibilidad de "alcanzar un consenso con otras fuerzas políticas en torno a los principales problemas a que hace frente el país".

Pero el relevo de Majko por **Illir Meta** en octubre de 1999, en el contexto de una lucha interna por el poder en el PSS que ganó Nano, retornado a la presidencia de la formación, vino a reponer el anterior estado de cosas. En mayo de 2000 Berisha inauguró en Vlora una nueva campaña de mítines rebosantes de demagogia opositora y en noviembre siguiente, después de encajar los pésimos resultados de las elecciones municipales de octubre, que acarrearón la pérdida a manos de los socialistas de la alcaldía de Tirana, instó a sus seguidores desde el periódico del partido, *Rilindja Demokratike*, a "protestar todos los días para que el Gobierno no pueda encontrar ni un minuto de paz", toda vez que los comicios, por supuesto, habían sido fraudulentos. A finales de aquel mes, tras producirse dos muertos en Bajram Curri, capital de Tropojë, en manifestaciones convocadas por el PDS que degeneraron en violentos disturbios, Berisha protagonizó en Tirana un incidente con unos agentes de la Policía que le tuvieron retenido unas horas por negarse a que el coche en el que viajaba fuera inspeccionado.

A las elecciones legislativas del 24 de junio de 2001, que requirieron tres rondas adicionales los días 8, 22 y 29 de julio, el PDS llegó debilitado por la escisión en febrero del sector capitaneado por el hasta entonces *número dos* del partido, Pollo, que concurrió por su cuenta al frente de un Nuevo Partido Democrático (PDR). La lista Unión por la Victoria (BF) pactada por el PDS con cuatro agrupaciones del centro y la derecha, a saber, el PRS, el PLL, el Partido del Frente Nacional Albanés (PBKS) y la Unión Liberal Democrática (BLD), cosechó el 37,1% de los votos pero sólo 46 escaños debido a que 100 de los 140 puestos en juego se elegían por el sistema mayoritario en circunscripciones uninominales. Los socialistas, con 27 escaños más, obtuvieron el mandato suficiente para repetir gobierno.

A pesar del dictamen aprobatorio de los monitores de la OSCE y el Consejo de Europa, Berisha no se privó de hablar de unas elecciones malogradas por "la violencia, la falsificación y el terror". En consecuencia, dispuso el boicot, otro más, de la Asamblea electa. Esta autoexclusión de la actividad parlamentaria se prolongó hasta enero de 2002, tras lo cual Berisha, en un movimiento sin precedentes, consensuó con Nano, convertido de nuevo en el primer ministro a finales de julio –sustituyendo a Majko, quien a su vez había relevado a Meta en febrero, un baile de gobernantes socialistas que era la consecuencia de las acerbadas luchas por el poder que desgarraban el PSS–, la investidura del antiguo general y ministro de Defensa **Alfred Moisiu**, una figura de perfil apolítico, como presidente de la República en sustitución del socialista Meidani, que había renunciado a la reelección. La transacción supuso la renuncia de Nano a un puesto, la jefatura del Estado, que había ambicionado para sí, pero a cambio ganó la mucho más sustanciosa jefatura del Gobierno.

El acuerdo Berisha-Nano para facilitar la elección presidencial de 2002 fue como una bocanada de aire fresco en la siempre sobrecargada atmósfera política albanesa. Complacida por este insólito espíritu constructivo (durante las conversaciones políticas de junio pudo verse a los dos antagonistas sonriendo a espuestas e intercambiando bromas cómplices ante los periodistas, como si fueran compadres de toda la vida), la Comisión Europea abrió en febrero de 2003 las negociaciones para la adopción de un Acuerdo de Estabilización y Asociación (AEA), paso indispensable para empezar a pensar en serio en el futuro ingreso de Albania en la UE.

Durante 2003 Berisha, apoyado en su nuevo lugarteniente, **Bamir Topi**, vicepresidente del partido y jefe del grupo parlamentario demócrata, se desenvolvió con moderación y descubrió los beneficios, en forma, por ejemplo, de elogios provenientes del exterior, de hacer oposición en la Asamblea y no desde la calle. Pero la constatación de que la popularidad de Nano, progresivamente encerrado en una imagen de arrogancia y desdén, se erosionaba irremisiblemente por la percepción general de que el cáncer de la corrupción estaba invadiendo todas las esferas de la Administración y el sistema económico, y que el excelente rendimiento del PIB no estaba repercutiendo sensiblemente en los niveles de pobreza (el 26%) y subdesarrollo, le animó a acelerar ese proceso de desgaste y a tomar posiciones de ventaja con la mirada puesta en las elecciones legislativas de 2005. En febrero de 2004, el jefe del PDS regresó a las manifestaciones, a las concentraciones de protesta y, en definitiva, a la bronca extraparlamentaria. Nano, según él, el jefe del "gobierno más corrupto de Europa", debía retirarse voluntariamente o exponerse a un desenlace "revolucionario" como el que hacía pocos meses había apeado del poder a **Eduard Shevardnadze** en Georgia.

Aunque firmaron, en abril y bajo el auspicio de Moisiu, un pacto de juego limpio, la campaña de las legislativas del 3 de julio de 2005 fue librada por Berisha y Nano, como todas sus justas electorales anteriores, a cara de perro y sin ahorro de zancadillas. Seguían primando las consideraciones personales y el antagonismo por principio, ya que los programas de uno y otro coincidían en lo esencial: crecimiento económico con desarrollo social, creación de empleo, reducción de la pobreza, reformas modernizadoras para quemar etapas en el largo camino que conducía a la UE y combate a fondo contra el crimen organizado y la corrupción, aunque en esto último Nano difícilmente podía resultar convincente.

Un informe reciente del Banco Mundial señalaba que la corrupción endémica ocasionaba al Estado y a la economía formal pérdidas anuales por valor de 1.200 millones de dólares. Este fue un dato que el propio Berisha se encargó de aventar, al igual que la estimación de que el valor alcanzado en el mercado de la droga por la heroína y otros opiáceos procedentes de Afganistán en tránsito por Albania ascendía a los 2.000 millones de euros. El dirigente añadió que los ciudadanos y las compañías nacionales pagaban "al menos 1.000 millones de euros cada año en sobornos a una Administración que favorece el contrabando y los tráfico ilegales", los cuales estaban controlados por "los aliados de Nano". Entre las particularidades del programa del PDS destacaban sendos recortes de los impuestos sobre el valor añadido y a los beneficios empresariales para estimular el consumo y la inversión.

El PDS y el PSS llegaron al final de la campaña en situación de empate, según los últimos sondeos. Fieles a sus hábitos, nada más cerrarse las urnas y sin haber comenzado todavía el recuento, al alimón, proclamaron la victoria de sus respectivos partidos, lo que les reportó la regañina del presidente Moisiu. El equipo de observación de la OSCE emitió un informe que validaba los comicios, pero con abundantes reservas por las irregularidades apreciadas, relacionadas más con fallos técnicos que con violaciones deliberadas de la normativa electoral. Los resultados preliminares facilitados por la Comisión Electoral Central pusieron en cabeza al PDS, pero la publicación de los resultados definitivos no se produjo hasta el 14 de julio.

Quedando por adjudicar tres escaños y por resolver más de 300 denuncias de supuestas manipulaciones del

voto en 60 circunscripciones, el partido de Berisha recibió 55 de los 100 escaños elegidos por el sistema mayoritario de candidatos y 40 el PSS. Los 40 escaños elegidos por el sistema proporcional de listas se repartieron entre una decena de partidos, seis de los cuales tenían suscritos acuerdos de alianza con los demócratas o bien estaban listos para cerrarlos con ellos a posteriori, así que el bloque oficialista en ciernes iba a descansar en una mayoría de 81 diputados, inclusión hecha de uno de los tres que quedaban por decantar, que fue para el PDS (los otros dos se los quedó el PSS). El 23 de agosto, un satisfecho Berisha se felicitó de que las elecciones hubiesen propiciado "un cambio de gobierno limpio y claro, sin que el país tenga que entrar en un escenario como los de Georgia o Ucrania", esto es, de algaradas callejeras.

Con todo, hasta el 2 de septiembre la Comisión Electoral no estuvo en condiciones de proclamar oficialmente la victoria de la oposición. Sólo entonces Nano reconoció su derrota. El 3 de septiembre, Moisiu encargó formar gobierno a Berisha, quien dos días después le facilitó la composición del Gabinete. Éste quedaba reducido a 14 ministerios, de acuerdo con la promesa hecha por Berisha de reducir el aparato del Ejecutivo y ahorrar gastos corrientes, 10 de los cuales eran para el PDS y los cuatro restantes se repartían entre el PRS, el PDR, el Partido de la Unión por los Derechos Humanos (PBDN, de orientación liberal y representante de la minoría griega, que había sido socio gubernamental de los socialistas) y el Partido Agrario y Medioambientalista (PAAS, el antiguo PAS); el PDK y la BLD, aunque habían sacado tres escaños entre los dos, no recibieron un ministerio. El 7 de septiembre Moisiu aprobó la lista del Gobierno, el 10 Berisha y sus ministros superaron el voto preceptivo de la Asamblea -84 contra 53- y un día después tomaron posesión de sus puestos.

El retorno de Berisha al poder en Albania, ahora como primer ministro, suscitó reacciones discretas en los gobiernos e instituciones de la UE, que no olvidaban su turbulenta trayectoria en los años precedentes. Pero las prevenciones que pudiera haber quedaron atemperadas por la constatación de que Nano había fracasado en la lucha contra la corrupción y todas las manifestaciones delictivas a ella asociada, que afectan al conjunto del continente por ser Albania un nudo de primer orden de la redes criminales transnacionales, y que el cambio de Gobierno podía deparar novedades positivas en ese terreno.

Plenamente consciente de cuáles eran las expectativas europeas, Berisha prometió "erradicar esta corrupción que está destruyendo el país". La empresa adquiría características de cruzada personal, a la luz de lo manifestado por el dirigente: "Asumo la responsabilidad de esta lucha ante los albaneses y ante el mundo entero, porque Albania no puede ser un exportador del crimen organizado a Europa, sino un miembro digno de la gran familia europea".

(Cobertura informativa hasta 23/12/2005)